

EL MUNDO CÓMICO.

Director literario, M. MATOSES.

SEMENARIO HUMORÍSTICO.

Director artistico, J. L. PELLICER.

(SE PUBLICA LOS DOMINGOS.)

PRECIOS DE SUSCRICION.—En *Madrid*: Un mes, **CUATRO REALES.**—Tres meses, **DOCE REALES.**—Número suelto, **UN REAL.**—En *Provincias*: Un mes **CINCO REALES.**—Tres meses, **TRECE REALES.**—Número suelto, **UN REAL CINCUENTA CÉNTIMOS.**—Se suscribe en las principales librerías de Madrid y provincias, y directamente en la Administración, litografía y relieves en zinc para imprenta, plaza de San Nicolás, 7 y 9, bajo.—No se admiten sellos de comunicaciones.

EL MODERNO DON JUAN, — por PELLICER.



Es redactor del *Correo de la noche*, sabe unas cuantas frases en francés, proyecta amores escandalosos, busca desafíos irrealizables y se cree descendiente del *Burlador de Sevilla*.

EN EL RIO, — por PELLICER.



—¡Tener que lavar hoy lo que ha de ensuciarse mañana!

LA LOCURA.

(Discurso de un loco.)

¡Eh, caballero! ¡Acérquese Vd.; hágame Vd. ese favor! No tenga Vd. miedo, no, que yo no hago daño á nadie. Aquí me tienen, más bien que por estar loco, porque así conviene á unos parientes míos que están deseando hacerse dueños de mi fortuna. Eso es todo lo que hay.

Yo soy rico, caballero, inmensamente rico, y si me ve Vd. así con este gaban raído y esta camisa rota, es porque en esta casa á todos nos tratan lo mismo; pero mis riquezas son innumerables, tengo muchas fanegas de tierra, olivares extensos, granjas, quintas, ciudades enteras..... ¿Me da Vd. un cigarrito?

Mire Vd., en mi casa se palean las onzas. En la alcoba hay un monton de oro, en la sala otro monton, en el comedor un armario lleno de talegos de doblillas, mi cueva está atestada de billetes de Banco..... ¿qué sé yo lo que tengo? Pero mi familia, es decir, unos sobrinos que por desgracia..... ¡Dios le libre á Vd. de sobrinos, caballero! ¿Tiene Vd. sobrinos? ¿Sí? Pues Vd. vendrá á parar á esta casa. ¡Sin remedio....! ¿Me da Vd. un fosforito?

Pues mis sobrinos se han puesto en connivencia con el Gran Turco para arrebatarme mis bienes; yo he pedido auxilio al emperador de China, que es amigo mío, y este me ha escrito unas cartas muy finas

ofreciéndome proteccion, y como mis sobrinos lo han sabido y se han considerado ya derrotados, han dicho: «¿qué haremos? ¡Vamos á decir que nuestro tío está loco!» Y dicho y hecho, me han traído aquí: y aquí me tienen encerrado. Pero ¡yo les juro por el sagrado nombre de Mahoma....!

¡Tratarme á mí de loco! ¿Ha visto Vd. qué infamia?

Con que Vd. por lo visto no tenia hoy nada que hacer, y ha dicho: «Hombre, vamos á ver los locos, ¿no es eso?

Pues ha hecho Vd. mal, porque para ver los locos no necesitaba Vd. venir aquí.

Vd. mismo, sin ir más léjos, ¿qué apostamos á que está Vd. más loco que yo? No, no se incomode Vd. por eso, que ya sé yo que no hay cosa peor para un loco que decirle que lo está; por eso yo, que no lo estoy, me importa poco que me llamen loco ó que no me lo llamen.

Mire Vd., yo sé mucho de mundo, pero mucho más que Vd.; y eso que, segun me han dicho, es usted boticario, y tengo hechas acerca de los locos unas observaciones muy curiosas, que si yo puedo, y salgo bien de aquí y me devuelven mis bienes, he de imprimirlas en un libro que haré con el canto de oro, es decir, segun corresponde á mi riqueza.

Vd. no tiene más que ver cómo anda el mundo organizado.

MURMURACIONES, — por PELLICER.



Coro de chismosos.

¡Dicen que la boda
fué casualidad!
¡Dicen que la niña
tuvo otro galán!
Y dicen que dicen...

No murmures más!

Hay ministros ignorantes, militares cobardes, sabios que no tienen de sabios sino las melenas y la gravedad; hay poetas que hacen odas al sol; hay ricos que se enamoran de mujeres pobres; hay banqueros que solo viven del crédito; hay haraganes y vagos que comen muy bien; hay hombres activos y trabajadores que apenas tienen para comer; hay modistas que sueñan con carretelas y aderezos de oro; hay ricos que fuman puros del estanco... ¿No ve Vd. en todo eso un principio de locura? ¿No? ¿No lo ve usted? Eso es porque está Vd. loco y no quiere Vd. dar su brazo á torcer. Si Vd. estuviera en su sano juicio, ¿qué inconveniente habia Vd. de tener en conocer la razon?

Los hombres que andan por ahí, ¿qué pruebas dan de juicio? Ninguna.

Los unos se juegan la vida en un duelo por un «quita allá las pajas.»

Los otros se cuelgan de un árbol porque perdieron su capital.

A este le da la locura por creer que es el primer filósofo del mundo.

Aquel se cree ser el tipo de la consecuencia y la integridad.

Uno opina que todos los hombres son buenos; otro, que no hay nada más perverso que los hombres, y

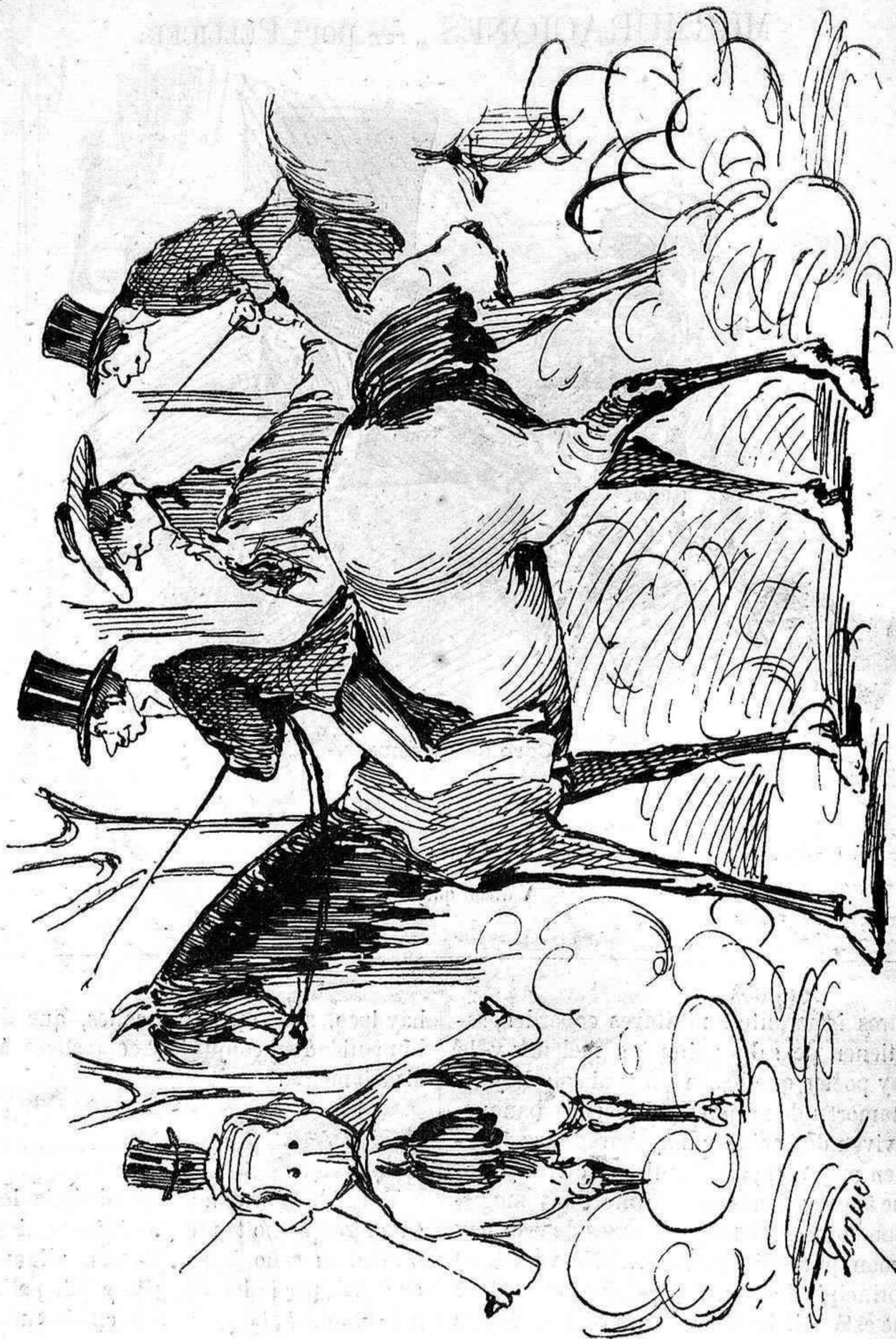
hay loco, suelto por esas calles, que desprecia á la humanidad en conjunto y compadece á los hombres aisladamente.

Y á Vd., ¿por dónde le ha dado la locura? Porque supongo que no tendrá Vd. la pretension de creer que está en su sano juicio. Vamos, ¡dígamelo Vd.! ¿Le da á Vd. por la lotería? ¿Hace Vd. política? ¿Escribe Vd. dramas? ¿Busca Vd. la cuadratura del círculo? Cuéntemelo Vd. á mí, que le prometo la mayor reserva.

Apuesto cualquier cosa á que tiene Vd. un plan de Hacienda, que es locura grave; ó á que está Vd. enamorado de una mujer comprometida, que es locura nécia; ó á que quiere Vd. fundar una sociedad de crédito, que es locura cuerda.

¿Lo niega Vd.? Pues lo siento y le compadezco. Veo que es Vd. tan vulgar y tan ignorante como todos los hombres. Casi todos creen que la locura es una enfermedad limitada á ciertos temperamentos y sometida á determinadas leyes. Y ¿sabe Vd. quiénes creen eso? Pues los que se suicidan por amor; los que se mueren por aprension; los que se juegan la fortuna á una carta; los que escriben artículos en los periódicos... locos rematados todos, todos locos de atar, que andan sueltos porque... ¿quiere Vd. saber por

EL SPORT, — por LUQUE.



—Puede decirse que nos reunimos lo más florido del arte hipico.
—Sí, puede decirse, en efecto.

qué? Pues déme Vd. un cigarrillo para luego; si no, no se lo digo.

¡Gracias! ¡muchas gracias! Veo que tiene Vd. la manía de la esplendidez. ¡Me da Vd. una cajetilla! ¡Gracias mil!

Pues mire Vd.: andan sueltos todos esos que usted ve por la calle, y aun Vd. mismo, porque aun no les han conocido la locura; pero en cuanto la conozcan vendrán Vds. á parar aquí.

La ciencia está, es decir, el juicio está en ocultar todo lo posible la locura. Yo fui un poco ingénuo; me franqueé pronto y me trajeron acá, donde he observado que esos loqueros que nos cuidan es la gente

más loca y ménos juiciosa que he visto jamás. ¿Pues no quieren curarnos la locura á zurriagazos? ¡Qué manía! ¡Pobres hombres!

¡Déme Vd. un fosforito y vaya Vd. con Dios, amigo!

A. CORZUELO.

—•••—
¡NO SE ENAMORE USTÉ!

—
¿Quién dijo que el amor era la vida?
¿En dónde está? ¿Quién fué?

EL IRRESISTIBLE, — por LUQUE.



EL (declamando).—Encantadora sirena,—ángel bajado del cielo,—bálsamo de mi consuelo—mitigador de mi pena.—Blanca y cándida azucena— que brilla en la inmensidad...—Permite, cara beldad,—que llegue á tus piés amante—un trovador trashumante...
—ELLA (al puño).—¡Jesús, qué barbaridad!

¿Ha sido usted, lector? Pues yo le digo
que no lo entiende usted.

—
Si tal dijo, se engaña por completo;
se engaña, sí señor.
Yo estoy perdidamente enamorado,
y sé lo que es amor.

—
Sé que para el amante hay un momento
de dicha y de placer;
mas para ese momento, hay veinticinco
de horrible padecer.

Yo sé perfectamente que los hombres,
en materia de amor,
solo felices son cuando no sienten
ni frío ni calor.

—
Mas cuando son celosos... ¡caracoles!
¡Dígame usted á mí,
que soy cincuenta veces más celoso
que el gran turco Sulí!

—
Nunca tranquilo estoy. ¡Siempre una duda
me arrastra de ella en pos!

LOS LACAYOS, — por PELLICER.



—Non, guiar, non guiar mal, peru le falta mucho para hacerlu como nusotros.

Y si al fin esa duda se disipa,
la sustituyen dos.

—
Cuando estoy con mi novia, estoy dudando
en indecible afán;
y cuando estoy ausente, me pregunto:
¡Si me la soplarán!

—
Si, contra lo acordado, cualquier día
no se asoma al balcon,
ya me tiene usted á mí por esta causa
sufriendo un sofocon.

—
Si me escribe cortito... me disgusto;
si no escribe... ¡qué horror!
si en salir tarda mucho... ¡malo, malo!
si no sale... ¡peor!

—
Y estas incertidumbres y estas dudas
que me ponen así,
las sufren igualmente esos amantes
que se ven por ahí.

—
Créalo usted, lector. De esta manera
no se puede vivir.

Yo ni duermo, ni como, ni descanso,
ni ceso de sufrir.

—
Si quiere usted, lector, vivir tranquilo,
y no decir *pequé*,
y tener libertad, ¡y ser un hombre...!
¡No se enamore usted!

VITAL AZA.

—
CUENTO.

Encaramado á un peral
estaba el guarda Canuto,
viendo si alcanzaba el fruto
para llenar un costal:
cuando á sentarse á su sombra
vinieron Juana y Enrique,
haciendo el tronco tabique
y lecho la verde alfombra.

—Aquí fué donde te ví,
la cuitada murmuró;
¿por qué Dios no me mató
antes de darte aquel sí?

—Vamos, tonta, no te alteres,